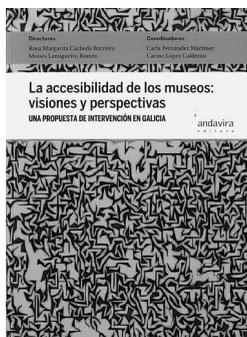


CACHEDA BARREIRO, Rosa Margarita y LAMIGUEIRO ROMEO, Moisés (dirs.), FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Carla y LÓPEZ CALDERÓN, Carmen (coords.), *La accesibilidad de los museos: visiones y perspectivas*, Santiago de Compostela, Andavira Editora, 2015, 425 pp. I.S.B.N.: 978-84-8401-801-1.



Los museos se han convertido en un elemento cotidiano dentro del entorno urbano en el que desenvolvemos nuestras actividades cotidianas. Lejos quedan aquellos tiempos en los que pensar en visitar un museo suponía trasladarse a la capital de la provincia o a la cabecera comarcal correspondiente. Afortunadamente en las últimas décadas, en especial tras el proceso de transición democrática y la creación de la estructura autonómica, hemos contemplado como florecían –con mayor o menor fortuna– múltiples centros que muestran orgullosos sobre sus puertas la palabra MUSEO. Independientemente de la reflexión sobre si todo lo que llamamos museo lo es, o si conceptos como colección visitable están todavía poco arraigados y definidos, podríamos pensar con satisfacción que hemos cumplido un reto que, hace cincuenta años, parecía inalcanzable: que nuestros hijos pudieran disponer de un espacio de conocimiento, de formación no reglada, en el que reconocerse en su entorno inmediato. Esa conciencia de haber mejorado un poco nuestra sociedad gracias a la creación de múltiples centros en los que la cultura, el arte, en definitiva, el patrimonio cultural, se pone al alcance de la mano de todos los ciudadanos, podría llevarnos a cometer el error de pensar que todo está hecho, que pocas cosas se pueden mejorar.

Por el contrario, prueba de la eficacia que este tipo instituciones tienen sobre nuestra sociedad es que, una vez cumplido ese primer reto, los siguientes vienen dados de un modo natural. El museo no es un mero contenedor de objetos, no es un lugar reservado para aquellos que han tenido la fortuna de una educación y sensibilidad específica para poder disfrutarlos; el museo es un generador de sentimientos democráticos; el museo es de todos pero, en primer lugar, es para todos.

Esta afirmación, que con toda seguridad podrá parecer demasiado obvia e, incluso, innecesaria, sin embargo pone en evidencia las nuevas necesidades del museo. ¿Cómo cumplir esa exigencia de pertenencia e integración? La respuesta a esta pregunta también es sencilla, los museos deben hacerse accesibles para todos en todos los sentidos imaginables. Al definir esa transformación como una obligación integral descubrimos que la complejidad del concepto accesibilidad. La visión ingenua sería pensar en que accesible supone salvar unas cuantas barreras arquitectónicas, algo evidente pero todavía muy necesario en multitud de nuestros museos. Accesibilidad supone cambiar la forma de pensar de todos los que trabajan en el museo; a la accesibilidad física –asociada a la movilidad–, se debe añadir la que debe salvar otras limitaciones como las visuales o las auditivas. Efectivamente se puede ver y oír con el tacto. Accesibilidad también implica repensar los contenidos y el mensaje que se presenta. Desechemos aquella crepuscular idea de que solo los eruditos y entendidos podrán tener el privilegio de entender y valorar lo que el museo encierra. Como medio de comunicación no verbal el museo debe ponerse al alcance de todos, debe ser capaz de adaptarse, de mudar ante los ojos del visitante. Solo de ese modo conseguiremos que sus salas no luzcan espléndidamente vacías, cubiertas de objetos en sus paredes y pasillos, pero desnudas de humanidad.

Ahora bien, la accesibilidad se ha convertido en un objetivo deseado y escurridizo sobre el cual es necesario reflexionar. El presente volumen formula muchas de las preguntas necesarias, y junto con estas también plantea las respuestas, para alcanzarlo sin que se desvanezca en nuestras manos.

De ese modo uno de los apartados obligados es la definición del contexto en el que nos desenvolveremos. Accesibilidad y discapacidad tienen que ir indisolublemente unidas. La sensibilidad de cualquier sociedad ante los derechos de las personas con discapacidad es el primer sistema de medida para entender hasta dónde podemos llegar. El museo nació como un instrumento educador, ahora es un modo de expresar la toma de conciencia. De ahí que los aspectos jurídicos vinculados con la accesibilidad, tanto en España como en Galicia, sean parte de ese primer corpus argumentativo.

Por supuesto, el entorno elegido para reflexionar sobre la accesibilidad no es indiferente a las soluciones. Los museos son espacios singulares, únicos, sin embargo eso no los exime de cumplir y adaptarse a esas demandas sociales; por el contrario tienen la obligación de hacerlo anticipando los deseos del grupo y materializando el espíritu del legislador.

Es en este momento cuando se resuelve la pregunta de qué es lo que debemos hacer accesible: solo las salas o también los contenidos. Estos últimos son fundamentales, el museo puede existir sin espacios –ahí están los nuevos museos virtuales

y los cibermuseos—, pero no tiene razón de ser sin sus obras, sin los objetos que los habitan, sin aquellos que los contemplan.

Como cualquier proceso de gestión, donde la experiencia es un factor determinante para el éxito y el logro de los objetivos fijados, las buenas prácticas, las acciones individuales son el modelo para que la accesibilidad sea una realidad en todos nuestros museos, de ahí que una tercera parte de este trabajo se dedique, de forma exclusiva a esos ejemplos que, más allá de su singularidad, se pueden convertir en pauta y guía para el futuro.

La accesibilidad no puede ser un deseo plasmado solo en palabras, tiene que ser el principio para la acción, debe ser la respuesta de cualquier sociedad ante el reflejo que proyecta en cada uno de sus ciudadanos.

Juan M. MONTERROSO MONTERO

*Universidad de Santiago de Compostela*